

## Fe y vida en la predicación de los Padres de la Iglesia. Cromacio de Aquileya y Paulino de Nola\*

### CROMACIO DE AQUILEYA<sup>1</sup>

Probablemente era natural de Aquileya y ya en el 368 formaba parte del clero de la ciudad. Como colaborador cercano del obispo Valeriano intervino activamente en el concilio de Aquileya del 381 que, bajo la dirección de Ambrosio de Milán (+ 397), condenó el, así llamado, arrianismo occidental (ilírico). A la muerte de Valeriano, fines del 387, Cromacio fue consagrado obispo de Aquileya por el mismo Ambrosio. En su ministerio episcopal desarrolló una vigorosa actividad pastoral y se empeñó por la causa de la paz de la Iglesia. En idéntica dirección debe colocarse su intervención en la controversia entre su viejo amigo Rufino (+ h. 411-412) y Jerónimo (+ 419), y su apelación ante el emperador Arcadio (395-408) en favor de Juan Crisóstomo (+ 407). En los últimos años de labor episcopal, hasta su muerte ocurrida en el 407, Cromacio sufrió los estragos de la invasión de los

---

\* Introducción, traducción y notas de Roberto Peña, *ocso*.

1. *Dizionario Patristico e di Antichità Cristiane (=DPAC)*, Casale Monferrato, 1983, vol. 1, col. 867 (bib.) [hay trad. castellana]; *Gran Enciclopedia Rialp (=GER)*, Madrid, 1989, vol. 6, pp. 737-738 (bib.); A. DI BERARDINO (dir.), *Patrología. III. La edad de oro de la patristica latina (=Patrología III)*, Madrid, 1981, pp. 697-699 (bib.) [BAC 422]; M. PELLEGRINO, *Letteratura latina cristiana*, (=Pellegrino) Roma, 1985, p. 97; M. SIMONETTI, *Letteratura cristiana antica greca e latina* (=Simonetti), Milano, 1988, p. 359; C. TRUZZI, *Zeno, Gaudenzio e Cromacio*, Brescia, 1985, pp. 75-89, 309-320 (bib.). Las abreviaturas no aclaradas son las mismas adoptadas por el DPAC.

godos de Alarico, y varias veces se vio obligado a refugiarse con sus fieles en el puerto vecino de Grado.

La obra escrita de Cromacio sólo ha sido reconocida recientemente. Comprende más de cuarenta *sermões* y sesenta *homilias* sobre el Evangelio de Mateo, en los que sigue generalmente una exégesis literal y se atiene a los grandes Padres Latinos. El descubrimiento de esta considerable herencia escrita ha motivado numerosos estudios sobre el autor, el método exegético y su relación con la liturgia de Aquileya, pero todavía no se ha estudiado suficientemente en qué medida la predicación de Cromacio respondía a las necesidades espirituales de su pueblo, probado por las herejías y las invasiones bárbaras.

## Obras (PL 20)

### a. *Tractatus XVII in Evangelium S. Matthaei (Tractatus in Matthaeum)*

Debe datarse no antes del 398. El texto latino ha sido editado por A. Hoste en CCL 9 (1957), pp. 389-442 y R. Était y J. Lemarié en CCL 9A (1974), pp. 183-494 y CCL 9A Supplementum (1977), pp. 618-641. Existe trad. italiana en *Cromazio di Aquileia. Commento al Vangelo di Matteo* / 1; 2, Roma, 1984 (Collana di Testi Patristici, 46 y 47).

### b. *Sermo de octo beatitudines (= Serm. 41)*

Texto editado por A. Hoste en *o.c.*, pp. 381-388.

### c. *Sermões*

Texto editado por J. Lemarié en CCL 9A (1974), pp. 1-182 y CCL 9A Supplementum (1977), pp. 616-617. Hay trad. italiana en *Cromazio di Aquileia, Catechesi al Popolo*, Roma, 1979 (Collana di Testi Patristici, 20).

## Cromacio de Aquileya Sobre la Epístola a los Romanos<sup>2</sup>

San Pablo Apóstol, en la epístola que escribió a los Romanos, como el amor de ustedes lo escuchó, examina y enseña esto: que el Hijo de Dios se encarnó de una virgen no sólo por los judíos, sino también por los gentiles. Esto lo habían preanunciado los Profetas y había sido dicho antes por la Ley. Y ciertamente no era la voluntad divina que el Hijo de Dios descendiera del cielo para que solamente se salvara un pueblo, cuando Él había sido el creador de todo el género humano. Indudablemente se dirigió primero a los Judíos por mérito de los patriarcas, ya que los Judíos descendían del pueblo de los patriarcas. Pero como rechazaron el don de una gracia tan grande que se les ofrecía, esta misma salvación fue dada a otros pueblos y naciones, como les dijo el Apóstol Pablo a los Judíos: *El Verbo de Dios debía ser anunciado primero a ustedes, pero como ustedes mismos se juzgan indignos de la vida eterna, he aquí que nos dirigimos a los gentiles* (Hch 13,46).

Por lo tanto, la venida de Cristo llegó a ser, de esta manera, la salvación de todos los pueblos y la redención de todo el género humano. En efecto, El que nos creó, Él mismo nos rescató. El mismo que nos hizo, nos salvó. Entonces, es lógico que seamos llamados «rescatados» por Cristo y no «comprados», como lo dice el Apóstol: *El que nos rescató con su sangre*<sup>3</sup>. No dice «compró», sino «rescató», porque se rescata lo propio y se compra lo ajeno. Por ejemplo: si alguien adquiere un campo o un siervo que antes no tenía, se dice que lo compró. Pero el que recupera lo que tuvo y luego perdió, se dice que lo rescató. Si adquiere lo que tuvo y luego perdió, se dice que

---

2. *Sermón 12*. Texto traducido de *Sources Chrétiennes*, vol. 154, Paris, 1969, pp. 222-234.

3. Aquí Cromacio parece citar de memoria. Cf. *Rm* 5,9; *Ef* 1,7; *Col* 1,14.

lo rescata, no que lo compra, porque rescató lo suyo, rescató aquello que había tenido. Por eso se dice que los romanos, que fueron liberados del cautiverio de los bárbaros, fueron rescatados, no comprados.

Puesto que el hombre había sido la obra de Cristo, (en efecto, el hombre fue formado por Él mismo en el comienzo del mundo de acuerdo con la voluntad del Padre) justamente se muestra al hombre como rescatado más que como comprado por Cristo, puesto que Cristo redimió lo que había sido suyo y lo que Él mismo había creado. Ciertamente el hombre había caído otrora bajo el dominio del diablo, bajo el cautiverio de los bárbaros, por así decirlo, ya que habiéndose alejado del Señor, fue hecho prisionero con engaños por el que es el enemigo desde el principio. Por eso hemos sido rescatados por la sangre de Cristo, por eso fuimos rescatados del cautiverio del diablo, para que volviéramos al que es el Señor desde el principio, del que no debemos alejarnos, no sea que otra vez caigamos bajo el cautiverio del diablo y que entonces ya no merezcamos de ninguna manera ser liberados. No es un precio bajo el que el Hijo de Dios se dignó ofrecer por nuestra redención: su santísima Sangre. Si estimamos como algo de poco valor la gracia tan grande de la redención, nos engañamos a nosotros mismos. Ciertamente, el Hijo de Dios no iba a ser crucificado por nosotros si tuviéramos que esperar otra redención. Por lo tanto, he aquí la causa por la que el apóstol nos exhorta, según lo dice en la presente lectura, para que, teniendo ante los ojos la gracia tan grande de la redención, obedezcamos fielmente al autor de nuestra salvación y redención.

Ahora veamos lo que el mismo Apóstol expuso más arriba, con un profundo sentido espiritual, donde dice: *Aquél cree que puede comer de todo, en cambio el que es débil come legumbres (Rm 14,2)*. Las mismas palabras del Apóstol encierran un problema grande. Pero veamos si con la ayuda de Dios podemos explicar de alguna manera parte de la cuestión. Aquí el Apóstol no habla de la enfermedad de la carne o de la salud del cuerpo, sino de la enfermedad del espíritu y de la salud del alma. Verdaderamente el alma está enferma allí donde el espí-

ritu padece por los pecados; y está verdaderamente sana allí donde no está debilitada por la enfermedad del pecado. La concupiscencia y la avaricia son enfermedades del alma. El deseo de la concupiscencia ilícita es una enfermedad del espíritu. El furor, la ira, la envidia y otros vicios son enfermedades del alma y heridas del espíritu que ponen en peligro la salvación del alma y llevan a la muerte por el pecado. Así, pues, el que padece estos pecados, aunque su cuerpo esté sano, todo él está enfermo. El que tiene enfermo el espíritu tiene enferma la voluntad. El que está alejado de todos estos vicios, aunque su cuerpo esté enfermo, está totalmente sano por el espíritu, porque Dios desea la salud del espíritu antes que la del cuerpo.

¿Quieres saber si verdaderamente es así? Aquel pobre Lázaro tuvo siempre su cuerpo enfermo hasta la muerte, tal como lo leemos en el Evangelio (ver Lc 16,20 ss.). Realmente estaba lleno de heridas, pero su espíritu estaba totalmente sano puesto que no padecía ninguna herida por el pecado. Entonces, cuando murió, fue tomado por los ángeles y conducido al seno de Abrahán. Por el contrario, el rico a cuya puerta yacía el pobre Lázaro, aunque su cuerpo estaba sano su espíritu estaba totalmente enfermo, porque padecía la herida del pecado grave. Tenía las fiebres de la concupiscencia, las fiebres de la avaricia y muchas heridas por los pecados. Por eso, apenas murió, fue conducido al lugar de los tormentos. ¡Oh, bendita sea la enfermedad de Lázaro y desgraciada la salud del rico! Aquél fue llevado al consuelo y éste al sufrimiento. Aquél al reino eterno, éste al suplicio sin fin. Trajimos esto a colación para que sepamos que la salud del alma es más necesaria que la del cuerpo. Porque la enfermedad del cuerpo no impide la salud del alma; en cambio, si no se cura con las buenas obras, la enfermedad del alma mantiene a ésta junto al cuerpo, alejada de la salud. La salud del cuerpo es buena y deseable, pero más importante es la salud del espíritu, porque ella otorga la salud al cuerpo, ya que la salud del alma es la salud del cuerpo. Estas mismas cosas muestran la diferencia que hay entre la salud del cuerpo y la del alma. El cuerpo se cura con remedios terrenales y el alma con los remedios celestiales. Para sanar el cuer-

po se lo cuida con el aceite que alivia; el alma se restablece por las palabras divinas.

Pero volvamos a lo que decía el Apóstol: *Aquél cree que puede comer de todo, en cambio el que es débil come legumbres* (Rm 14,2). Por lo tanto, para el que permanece sano en la fe, sano en la ciencia, sano en los preceptos celestiales, sano en las obras de justicia, sin duda todo lo que se refiere a la Ley y a la fe es su alimento espiritual. Oye la Ley y come de la Ley, porque la doctrina de la Ley es la comida del alma. Escucha a los Profetas y come de los Profetas, porque la predicación de los Profetas es el alimento del alma y lo que nutre el espíritu. Escucha el Evangelio y come del Evangelio, porque allí escucha a Cristo que habla, Pan celestial que desciende para alimentar los corazones de los creyentes. Escucha al Apóstol y, con avidez, come del Apóstol, porque la doctrina apostólica le da nueva fuerza. Es por esto que el alma de los fieles come de todo, porque toda la Divina Escritura, alimento de la fe y palabra de la verdad, le da nueva fuerza. Así como el que come corporalmente en un gran banquete opulento toma de todo, de la misma manera el alma fiel y rica en Cristo se sacia, se alimenta y recibe nueva fuerza de toda Palabra de Dios.

*En cambio, dice, el que es débil come legumbres.* Débil es todo aquel que sufre por la herida del pecado. Éste no puede comer de todo porque su alma no recibe los divinos misterios. Pero si toma como legumbres los rectos preceptos de los mandamientos, para robustecerse, convalesciente, puede llegar a sanarse y así podrá comer de todo. Por lo tanto, si algunos de nosotros tenemos el alma enferma por el pecado debemos ayunar para tener la salud de la salvación, para que merezcamos recibir los alimentos preciosos de la justicia y de la fe; para que, como verdaderos atletas espirituales, podamos vencer y superar al adversario. Reconfortados por el alimento de la justicia, por el alimento de la verdad, por el alimento de la salud, habremos de recibir la corona de la vida y el premio divino de la eterna inmortalidad. Pero veamos esto mismo con mayor profundidad. Por ejemplo, si alguien tiene el alma enferma por la lascivia de la carne, nece-

sita el mandamiento de la pureza y de la castidad, porque la salud de su cuerpo es la pureza de su espíritu y a fin de que pueda curarse de la enfermedad del pecado de la que padece necesita de la pureza. Si algún otro está enfermo por la pasión de la avaricia, que agrava toda enfermedad del alma, como lo dice el apóstol: *la avaricia es la raíz de todos los males (1Tm 6,10)*; éste necesita el mandamiento de hacer obras de misericordia, para que sepa que no puede curarse de otra manera que transformándose de avaro en misericordioso, de hombre lleno de codicia en generoso. Si algún otro padece de la enfermedad de la ira y del furor, tiene necesidad del mandamiento de la paciencia, para que pueda así curarse de esta enfermedad que es la ira. Si algún otro sufre de la enfermedad de la envidia o del odio, se lo debe conducir hacia el mandamiento de la caridad y del amor fraterno para que su alma pueda sanarse. El hombre no puede curarse de otro modo que no sea el de expulsar el odio de su corazón y el de recibir la caridad fraterna en él. Porque de la misma manera que el odio es del diablo, la caridad es de Dios, porque Dios es el creador de la caridad, mientras que el diablo es el inventor del odio.

La maldad, y cada uno de los vicios del pecado, son enfermedades del alma que necesitan los mandamientos divinos como si fueran legumbres para poder así, como los convalescientes, llegar a la salud de la salvación. Las legumbres espirituales restablecen así a las almas enfermas hasta que éstas reencuentren la salud plena. Esto es lo que dice el apóstol: *el que está enfermo come legumbres*. Tal vez por eso leemos lo dicho por el Señor: *Todas estas cosas como legumbres (...)*<sup>4</sup> puesto que él mismo (se refiere a Noé) estaba a punto de caer en la grave enfermedad del pecado y sólo podía curarse si se alimentaba con los mandamientos de la salvación. Por eso, si estamos dominados por alguna enfermedad de este tipo, debemos alimentarnos con gusto con el mandamiento de la pureza, con el mandamiento de la castidad, con el mandamien-

---

4. Parece que en este lugar hay una laguna bastante importante. La cita se trataría de *Gn 9,3*.

to de la pacienciá, con el mandamiento del amor y de la caridad para que podamos así, a través de la convalescencia, llegar a comer los alimentos fuertes de la justicia y de la fe. Comer alimentos fuertes es para los sanos y los robustos, sobre todo para los atletas espirituales. Si merecemos comer los alimentos fuertes de la justicia y de la fe, sin duda nos transformaremos en atletas espirituales para poder así vencer y superar al adversario en esta vida. Amén.

\*\*\*

**PAULINO DENOLA<sup>5</sup>**

Poeta cristiano de los siglos IV-V (355-431), nacido en una familia de la aristocracia senatorial en Burdigala (Burdeos), capital de la provincia de Aquitania, en el 355 o tal vez antes (353?). Recibió una esmeradísima educación en los círculos ligados al magisterio de Ausonio de Burdeos (+ h. 395), refinado poeta y rétor de su tiempo, con quien entabló una amistad profunda y duradera. En el 378 marchó a Roma probablemente para suceder a su padre en el senado y al año siguiente (379), ayudado por Ausonio, fue nombrado gobernador de la Campania, cargo que ejerció con humanidad. Por estos años Paulino tuvo noticia en Nola de San Félix y comenzó a considerar el problema religioso. En el 383, después de la muerte de Graciano (375-383) y el ascenso al poder de Valentiniano II (383-392), que como arriano persiguió a los magistrados de fe ortodoxa y especialmente a aquellos que en la Galia habían sostenido al usurpador Máximo, Paulino, retornando a Aquitania y tal vez pasando por Milán, encontró al obispo Ambrosio (+ 397), con el cual parece que tuvo otros encuentros y del que recibió las primeras enseñanzas para el bautismo, que le será administrado luego en Burdeos, en el año 389, por el obispo Delfín. En este año —quizá para escapar a la persecución que se cernía sobre su familia— se refugió con su esposa Terasia en España, rompiendo los lazos con los ambientes con los cuales estaba relacionado, e incluso con su maestro y amigo Ausonio. En España se convirtió definitivamente al cristianismo integral y por esto vendió sus inmensas riquezas, suscitando gran escándalo por todas partes, pero también la aprobación y alabanza de Ambrosio, Agustín (+ 430), Jerónimo (+ 419) y Sulpicio Severo (+ h. 420-425). En Barcelona, en el 394, fue aclamado sacerdote por el pueblo con un procedimiento poco claro, ordenación que aceptó a condición de poder fijar libremente su residencia en otra localidad. Abandonó España en el 395 para refugiarse en Nola, atraído por la vocación de ponerse al servicio de San Félix (decisión que fue desaprobada por Ausonio, pero que Ambrosio acogió con gozo): aquí vivió vida ascética hasta el 409 o el 410, al igual que

---

5. DPAC 2, 2609-2612 (bib.); *Dictionnaire de spiritualité ascétique et mystique*, vol. XII, 1ª parte, Paris, 1984, cols. 592-602 (bib.); *Dizionario degli Istituti di Perfezione*, vol. VI, Roma, 1980, cols. 1099-1101 (bib.); GER 18, 1987, pp. 88-89 (bib.); *Patrología III*, pp. 330-331, 351-364 (bib.); B. ALTANER, *Patrología*, Madrid, 1962, pp. 392-393 (bib.); PELLEGRINO, pp. 83-87; SIMONETTI, pp. 340-342 (bib.).

su esposa Terasia y algunos cohermanos, junto al santuario de San Félix en Cimitile, no lejos de Nola, manteniendo relaciones epistolares con los obispos y doctores cristianos más relevantes y recibiendo amigos y visitantes, que venían de todas partes para tener conversaciones con él. Hacia el 409-410 dejó su retiro de Cimitile para asumir la cátedra episcopal de Nola; por esa misma fecha murió también su esposa Terasia. De su largo ministerio episcopal no tenemos documentación clara y precisa. Paulino murió el 22 de junio del 431.

### Obras (PL 61)

#### a. *Carmina*

Texto latino editado por W. Hartel en CSEL 30 (1894), pp. 1-343. Existe trad. italiana en *Paolino di Nola, I Carmi*, Roma, 1990 (Collana di Testi Patristici, 85).

#### b. *Epistulae* 51

Texto latino: W. Hartel en CSEL 29 (1894), pp. 1-425.

## Paulino de Nola Sermón sobre la solidaridad para con los pobres<sup>6</sup>

Carísimos hermanos, no es de balde que se prepara el pesebre para los jumentos, no es sólo para ser visto. Aunque destinado a determinados animales irracionales, es como una mesa que el hombre racional prepara, donde los cuadrúpedos encuentran su alimento. Ahora bien; si alguien después de construir el pesebre descuidara abastecerlo, los jumentos poco a poco irían menguando por la escasez de comida en el establo y el hambre terminaría por matar a los animales, que no tendrían qué comer. Una justa pérdida recaería sobre la avaricia y la negligencia del que preparó el pesebre. Y mayor (pérdida) todavía cuando, con la muerte de los animales, quedara inutilizado (el pesebre): doble pérdida para quien había pretendido ahorrar un gasto útil y necesario.

Este ejemplo quiere advertirnos, carísimos hermanos, que no expongamos por negligencia nuestra alma al peligro y a la pérdida de la salvación; y esto sucedería si miráramos con desprecio la mesa de los pobres (colocada por el Señor a la puerta de su Iglesia), pasando junto a ella con las manos vacías. ¡Que esto no ocurra con ustedes! El cáncer de la avaricia entra fácilmente en los corazones no fortalecidos por la misericordia. Cuando la serpiente enemiga encuentra el alma vacía de buenas obras y llena de motivos de esclavitud, es decir, de obras infructuosas, la atrapa con sus lazos viperinos. No dejemos, pues, que la mesa del Señor quede sin frutos para nosotros y vacía para los pobres. No permitamos que exista sólo para ser vista; ella necesita ser útil. Que no caigan sobre nosotros los gemidos de los hambrientos por culpa nuestra, pues

---

6. Texto latino en: PL 61,344 ss. Se trata de la *Epístola* 34, que realmente es un sermón enviado por el mismo Paulino a Alethio junto con la *Carta* 33 (cf. *DSp* XII, col. 596).

está escrito: *el que desprecia al pobre, irrita a aquél que lo creó* (Pr 14,31 y 16,5), es decir, el Creador común de todos. Éste, en efecto, de la misma manera que se alegra con la alimentación del pobre, se entristece con su abandono.

Levantémonos del sueño de la inercia y, para vencer el sopor de la negligencia o romper las cadenas de la avaricia, tengamos muy presente ante los ojos las palabras, preceptos, promesas, obras y consejos de nuestro Dios Salvador. Examinemos íntimamente por cuál motivo y en razón de quién esta mesa fue colocada a la entrada de la casa del Señor, a la vista de todo el pueblo. Consideremos, sobre todo, para qué bien, por qué gracia, para qué fruto ella está ahí, tan visible y luminosa. Consulta los mismos oráculos de la verdad y el profeta te responderá: *el que se compadece del pobre, presta a Dios* (Pr 19,17). Esta mesa es el Banco del Señor: acumula el tesoro de la vida y distribuye los intereses de Dios para la adquisición de la perla preciosa (ver Mt 13,45). El que da a los pobres del Señor espera de Él, como retribución, la eterna recompensa. San Pablo apóstol nos dice que en medio de las solicitudes de todas las Iglesias, el cuidado de los pobres no le era menor. Dice él: *Debemos acordarnos de los pobres y yo, por mi parte, me esfuerzo por hacerlo* (Ga 2,10). El mismo Apóstol exclama en otro lugar: *No trajimos nada a este mundo, y sin lugar a duda, nada podremos llevarnos de él* (1 Tm 6,7). Por eso, carísimos (hermanos), seamos generosos con los bienes que nos fueron confiados, y no avaros como si se tratase de bienes propios. *Una administración nos fue confiada* (1Co 4,17): el uso temporal del dinero común, no la posesión eterna de las cosas privadas. Si tú reconocieras que ella es temporalmente tuya aquí en la tierra, podrás hacerla eternamente tuya en los cielos. Si te acordaras de los que recibieron los talentos del Señor, en el Evangelio, y de lo que el Padre de familia dio en retribución a cada uno al regresar, sabrás cuánto más útil te será colocar el dinero en la mesa del Señor para que se multiplique, antes que guardarlo, por la fe estéril, sin lucro para el acreedor y con pérdida para el siervo inútil, cuyas penas serán aumentadas.

Trata, por el contrario, de merecer escuchar la palabra: *¡Siervo bueno, entra en la alegría de tu Señor! Ésta antes que aquella otra: Siervo malo y perezoso, yo te juzgo por tu propia palabra (Lc 19,21; ver Mt 25,14 ss.)*. Lo que sigue es muy conocido. El siervo inútil es enviado a las tinieblas exteriores y su talento entregado al que supo hacer rendir su propia parte: *A todo el que posee, le será dado, y al que no posee, le será quitado hasta lo que posee (Mt 25,29)*.

Acordémonos todavía de aquella viuda que, despreocupada de los suyos, según atestigua el Juez, y pensando únicamente en el futuro, dio a los pobres todo lo que le quedaba como sustento. Otros concurren con el exceso de su abundancia; ella, sin embargo, quizá más pobre que muchos pobres, tenía por única fortuna dos monedas; pero era más rica en el alma que todos los ricos, avara de los tesoros celestiales y esperando únicamente los beneficios de la recompensa, entregó todo lo que poseía de la fortuna que sale de la tierra y a ella retorna (ver Mt 12,43). Dio lo que tenía para poseer lo que no veía; dio lo corruptible para adquirir la inmortalidad. Esta pobre no hizo poco caso de la economía dispuesta y ordenada por Dios acerca del crédito futuro. Por eso, el Previsor no se olvidó de ella y, como Juez del mundo, anticipó su sentencia. Elogió en el Evangelio a quien coronaría en el juicio futuro.

Hagamos un préstamo a Dios de sus propios dones. Nada poseemos sin su auxilio, ya que ni siquiera podemos existir sin su voluntad. ¿Qué podemos considerar como nuestro, si por una deuda especial e inmensa ni siquiera somos nuestros? Pues no solo fuimos hechos por Dios sino también rescatados (cf. 1Co 6,20). Alegrémonos, porque fuimos rescatados por un gran precio, o sea, por la sangre del mismo Señor. Por ese precio dejamos de ser viles y venales, pues la libertad más vil que la esclavitud es ser liberado de la justicia; y el que es liberado de ese modo, es siervo del pecado y esclavo de la muerte. Tribuemos al Señor sus propios dones, sí, démosle a Él (pues Él es quien recibe en todo pobre), démosle a Él con alegría, y recibamos de Él con júbilo. Violentemos las puertas del cielo con nuestras buenas obras, pues nuestro Señor, único Dios y único

Bueno, no desea recibir del cielo avariento sino del afecto generoso. ¿Qué no habrá de poseer Aquél que fue el dador de todo? ¿Qué no poseerá Aquél que posee a los propios poseedores? Todos los ricos están en sus manos, pero su inmensa justicia y su bondad quieren hacer con sus propios dones, un intercambio de dones: de modo que te da la materia de la beneficencia porque es bueno, y produce en ti el mérito, para que los recibas dignamente, porque es justo.

El tesoro de sus bienes está abierto, las riquezas de su bondad están expuestas, de modo que todos puedan sacar libremente todo lo que quieran, pero nadie debe esperar pasivamente. Fue para esto que nos hizo el buen Señor y santo Padre: para que, por nuestro bien, seamos buenos. En efecto, ¿qué bien exterior necesitaría quien en sí mismo es la bondad y la felicidad? Así, en lo que depende de Él, *quiere que todos los hombres sean salvados (1Tm 2,4)*, pues ama en todo hombre su propia obra. Él te colmará de copiosas riquezas si tú mismo no te hicieras avaro y celoso con las cosas que Dios hizo tuyas, no para que te sean causa de muerte, sino el precio de la vida. ¡Oh inmensa bondad de Dios! Quiere recibir por préstamo lo que Él mismo distribuye. Quiere hacerse deudor de sus propias dádivas, para poder pagarte los intereses de tu préstamo.

Apresúrate, hermano, a hacer que ese Deudor ligado a ti de modo tan generoso, venga a llamarte amigo y no siervo (cf. *Jn 6,15*); y reconociendo tu fidelidad en el manejo de los bienes terrenos, te hagas rico con sus tesoros celestiales. No vaciles, no tardes, no ahorres: sé violento con Dios, atrapa el Reino de los Cielos. Aquél que nos prohíbe poseer los bienes ajenos, se alegra cuando los suyos son arrebatados. Aquél que condena la rapacidad de la avaricia, alaba la rapiña de la fe. Los que van a cenar contigo están a tu puerta, esperando la hora y al señor del banquete. Tú retardas a los invitados: apresúrate para que no permanezcan más tiempo en ayunas y para que la injusticia que padecen no alcance a Aquel que los hizo, y que los hizo pobres para tu bien (cf. *Pr 14,31*)<sup>7</sup>. Sin duda el Señor

7. El texto de *Pr* permite comprender que Paulino quiere decir que todos los hombres, ricos y pobres, fuertes y débiles, son *creaturas* de Dios.

omnipotente podría haber hecho a todos igualmente ricos, de modo que no necesitasen el uno del otro; pero por una disposición de su infinita bondad, Él, Señor compasivo y misericordioso, dispuso las cosas de manera que probaran tu espíritu. Hizo al miserable para reconocer al misericordioso. Hizo al pobre para probar al opulento. La pobreza fraterna es para ti causa de riquezas, si cuidas del pobre y del necesitado (cf. *Sal* 14,20). No consideres solamente como tuyo lo que recibiste; Dios te dio participación en sus bienes de este mundo para poder deberte todo lo que espontáneamente dieras a los pobres y retribuirte, en el día eterno, enriqueciéndote con la porción de los pobres. Cristo recibe ahora por ellos; por ellos, entonces, te pagará. Consideremos la lección que nos da del infierno aquel rico del Evangelio, y también la que nos da, desde el seno de Abrahán, Lázaro que ya no es mendigo, que goza del refrigerio de la vida, mientras arde el rico en el castigo del hambre (cf. *Lc* 12,19). Este ejemplo nos enseña que hay un cambio de posición aquí y allá: allá, los pobres son recompensados por lo que pareciera habérseles negado aquí; mientras que nada recibirán de la felicidad de los pobres los ricos que no se compadecieron de ellos. Como justa venganza por la injuria hecha a los pobres, les será dada la mendicidad perpetua con abundancia de penas.

Por eso, *caminen*, según está escrito, *en la luz, como hijos de la luz, mientras la poseen* (*Jn* 12,35). Mientras haya tiempo para arrepentirse, obra, oh cristiano, de manera que merezcas escuchar: *Siervo bueno, porque fuiste fiel en las cosas pequeñas, te estableceré sobre las grandes* (*Mt* 25,21). Hermano, ten en cuenta esta palabra y penetra su sentido, no seas negligente con la gracia que te es ofrecida. No entres con las manos vacías en la casa de Cristo *que es la Iglesia del Dios vivo* (*1Tm* 3,15). Si das al menos un poco de lo mucho que tienes, habrás logrado un gran aumento de tus ahorros. Muchos te esperan, pendientes de tu llegada, miran alrededor para ver si te descubren. Hacia ti se elevan las súplicas y los deseos de los pobres y enfermos. Cuida para que tan piadosos sentimientos no sean forzados a transformarse, cambiando las súplicas en

amenazas; que la miseria de los que tú no socorriste, no levante contra ti el clamor que irritará y herirá al Padre de los huérfanos, el que juzga a las viudas, el Dios que se compadece de los pobres (cf. *Sal* 67,6).

Sí te amas, no te ames solamente a ti, porque tal sería un amor de iniquidad. *El que ama la iniquidad, odia a su alma, pues la plenitud de la ley es el amor al prójimo* (*Rm* 13,10). Por naturaleza, todo hombre es hermano de su prójimo. Cuida igualmente de ti y del pobre. Cuidando de lo que es útil a los demás y no sólo a ti, imitarás al imitador de Cristo y harás que Dios cuide de ti con más solicitud aún (ver *1 Co* 10,33; 11,1). Mira por cuál crimen la avaricia y la soberbia te apartan de aquellos a quienes Dios te unió en su obra. Da de comer al que tiene hambre, para que no temas en el día malo la ira del que ha de venir. *Bienaventurado el que cuida del pobre y del desvalido, pues el Señor lo salvará en el día malo* (*Sal* 40,2). Trabaja, hermano, y cultiva esta porción de tu tierra para que produzca abundante cosecha, de granos abundantes, y te dé con interés el fruto cien veces multiplicado de tu semilla (cf. *Mt* 13,8). Para el deseo y la búsqueda de tal posesión y de tal negocio, la avaricia es santa y saludable; posee este patrimonio que te rinde cien veces más y acumula bienes eternos para ti y tus herederos. Esa es la grande y preciosa posesión, que no grava al poseedor secular, sino que le enriquece con rentas eternas; de ella mana, como leche y miel, el más suave de los licores, no extraído, con esfuerzo, de las ubres, sino ofreciéndose a los agricultores como río burbujeante.

Mientras tanto, carísimos hermanos, no sólo para procurar los bienes eternos sino también para evitar los innumerables males, deben practicar en el presente la justicia. Necesitamos un gran auxilio, una gran protección y el amparo de muchas e incesantes oraciones. Nuestro adversario no descansa. Como enemigo vigilante, está a nuestro alrededor, listo para destruirnos, impidiendo nuestros caminos, explorándolos cuidadosamente a la entrada y a la salida. En las asperezas del camino, él se adhiere -como inseparable compañero- a nuestros pies, a fin de herirnos, descuidados. Por eso está escrito: *Hay caminos que*

*parecen rectos a los hombres, pero cuyos fines conducen al infierno (Pr 14,12).* Si, confiado en el camino recto, o incauto en el resbaladizo, llegas a caer, él surgirá sin pérdida de tiempo, para aprisionar al que ha caído y nada omitirá para destrozarlo y devorarlo. Por eso, sé cauto en todas partes, examina dónde pones el pie. De todos lados surge el demonio, *como un león preparado para la caza (Sal 16,12).* No pretendas recorrer con seguridad la propia tierra. Pues reconociendo en toda carne humana el pecado del primer padre, ella ejecuta la sentencia del Creador con sus espinos y cardos, con sus fieras y serpientes.

Además, muchas son las cruces en el mundo, innumerables los peligros que nos amenazan, como el flagelo de las enfermedades, el fuego de las fiebres, el aguijón del dolor que hiere las almas y las llamas de las pasiones que se encienden. Por todas partes se ocultan lazos preparados y puñales que se levantan contra nosotros: entre las trampas y combates se desliza la vida, caminamos sobre brasas ardientes, recubiertas por ceniza engañadora.

Antes, pues, que por inadvertencia o culpa vengas a caer en alguna de esas tremendas enfermedades, apresúrate en hacerte dócil y agradable al Médico, a fin de que tengas el remedio salvador en el momento necesario. Una cosa es que estés solo al orar por ti, otra es que tengas por ti, delante de Dios, una multitud solícita. Cuando estés callado, ella clamará en tu favor. Se alegrará al verte y te saludará al encontrarte. Olvidados de las penas y de las enfermedades, sus cuerpos vivirán de tu salud y sus almas se fortificarán cuando te vean. Tú significas para ellos el campo fértil, los árboles frutales llenos de frutos. Y ellos, para ti, la rica y preciosa propiedad. Te prefieren a los propios hijos, y más solícitos por ti que por sí mismos, rezan por tu salud al rezar por la suya, o aun antes. No es que se descuiden de sí mismos, pero por una transferencia de amor, cada uno se ama en tu persona, y pide, en la tuya, por su vida. Pues tu cosecha es vida para ellos; tu riqueza, su crédito; tu pobreza, su riqueza. En todas las iglesias oran por ti, en las plazas manifiestan su gratitud, en todos los lugares se levantan al ser pronunciado tu nombre, dando gracias al

Señor, y te saludan, aun ausente, besando las propias manos. Siempre te ven y nunca dejan de verte, pues te alcanzan por el espíritu que percibe las cosas ausentes. Verdaderamente estás grabado e impreso en sus corazones por tu gran humanidad para con ellos. No temen el hambre, tranquilizados por tus víveres, ni el invierno que tú has previsto y excluido con las ropas que preparas: *feliz el hombre a quien el Señor, en su regreso, encuentre obrando de tal modo (Mt 24,46).*